CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

# LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

## D. PABLO AVECILLA.

UNOS LLEVAN LA FAMA....

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.* D. José Cuesta, *calle Mayor.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1856.

LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdaléna.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios,
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

Unos llevan la fama...
Las Indias en la córte.
Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El fondo y la corteza!
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

# UNOS LLEVAN LA FAMA...

comedia en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

DON JUAN DE COUPIGNY.

Representada en el teatro del Príncipe en 13 Diciembre de 1856.

N.º 298.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1857.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unosllevanlafama00coup

AL SEÑOR

DON RAFAEL GALVEZ AMANDI

EN PRUEBA DE CARIÑO,

su mejor amigo

*Juan de Coupigny.*

713062

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

| PERSONAS. | ACTORES. |
| --- | --- |
| ADELA. . . . . | D.ª María Rodriguez. |
| LUISA.. . . . . | D.ª Antonia Valero. |
| ALFREDO. . . . . | D. Manuel Ossorio. |
| EUGENIO. . . . . | D. Antonio Zamora. |
| ANDRES. . . . . | D. Ramon Guzman. |
| UN CRIADO. | |

La escena en el primer acto es en Carabanchel, en casa de Eugenio: en el segundo y tercero en Madrid, en casa de Alfredo.

# ACTO PRIMERO.

Habitacion elegante; una puerta á la izquierda del actor y otra en el fondo.

## ESCENA PRIMERA.

EUGENIO.—LUISA: *ambos están sentados. Luisa haciendo labor.*

EUGENIO. Sabes que me va gustando
esta vida?
LUISA. Sí lo creo.
EUGENIO. Hay una tranquilidad
en esta casa, un sosiego...
Aquí, lejos de Madrid,
sin disturbios, sin enredos,
hago la vida de un santo.
LUISA. Así ganarás el cielo.
EUGENIO. Luisa, cuando yo á mis solas
en lo que soy ahora pienso,
yo mismo no me conozco.
Caramba! cuando soltero
era un ..
LUISA. Ya lo sé, un tronera;
siempre lo estás repitiendo...
EUGENIO. Es que no te engaño, Luisa:
y aunque decirlo no debo,
era el mayor calavera
de Madrid en aquel tiempo;
no habia lance ninguno
ya fuese alegre, ya sério,
en que el nombre de tu esposo

no figurase el primero.
Qué vida aquella! Qué vida!
Qué de cosas!

LUISA. (Pobre Eugenio!
siempre finjiendo que es malo
cuando siempre ha sido bueno!)

EUGENIO. Pero á todo en este mundo,
á todo llega su término.
Por eso ya con mas juicio
paso la vida contento
á tu lado, recordando
las locuras...

LUISA. (Que no has hecho.)

EUGENIO. Obró en mí la reflexion
y conocí al fin mis yerros;
que no hay culpable en el mundo
libre de remordimientos.
Ahora ya he variado en todo,
y solamente conservo
este carácter; yo siempre
he tenido muy mal genio.

LUISA. Quita ese nudo.

EUGENIO. (*Con mucha afabilidad.*)
Al instante:
si sabes que mi deseo
y mi afan es darte gusto.

LUISA. Haces lo que me merezco.

EUGENIO. Dices bien, que una mujer
mejor que la que yo tengo
era imposible encontrarla.

LUISA. Gracias por el cumplimiento.

EUGENIO. Si en vez de tí por esposa
me hubiese otorgado el cielo
una de esas muchas cócoras
de que Madrid está lleno,
que exigen de sus maridos
lo que ni es razon, ni es cuerdo...
¡Qué vida tan desgraciada
para los dos, qué tormento!
Yo soy el rey en mi casa,
y yo solo mando.

LUISA. Es cierto.

EUGENIO. ¿Habria yo de sufrir

como el pacato de Alfredo,
las necias ridiculeces
de mi mujer?

LUISA. Calla, Eugenio.
¿Sabes por ventura tú,
ya que me has hablado de ellos,
si es Alfredo ó si es Adela
quien da motivo...

EUGENIO. Ya veo
que tú, como es natural,
quieres defender tu sexo.
Ya se vé! Tú no conoces
mas que á Adela; ella en secreto
te confia sus desgracias;
tú, es natural, la das crédito,
y la juzgas inocente
y á su marido un perverso;
y á la verdad que te engañas:
conozco á Alfredo hace tiempo,
y es un bendito.

LUISA. Es decir
que ella es...

EUGENIO. No, no es mi intento
ofenderla. Qué locura!
Pero, segun lo que observo,
es impertinente, rara,
y mas celosa que Otelo.
Su fortuna es haber dado
con un marido tan bueno.
Oh! si ella fuese mi esposa
ya verias!

LUISA. Si por cierto;
tú eres terrible!

EUGENIO. ¿No ves
que yo he corrido en mis tiempos
el mundo, y he sido...

LUISA. Oh! sí,
un calaveron deshecho.
Yo á Alfredo no le conozco;
casada ya hace algun tiempo
Adela con él, jamás
en su casa pude verlo;
cuando no estaba de viaje,

otros asuntos ó enredos
le hacian salir de casa,
y jamás logré mi intento;
siempre estaba Adela sola.
Será un marido perfecto
Alfredo, no lo disputo.

EUGENIO. Es incapaz...

LUISA. Mas si hemos
de juzgar, como se dice,
por las apariencias, creo...

EUGENIO. Las apariencias engañan.

LUISA. Podrá ser, pero sospecho
que quien se engaña eres tú.

EUGENIO. Engañarme yo!... No niego
que en eso hace mal; conozco
que no debiera hacer... pero...

LUISA. No hay pero que valga. Acaso
cuando hemos ido á paseo,
has visto á Adela del brazo
de su esposo?

EUGENIO. No.

LUISA. Pues esto
qué indica? Que la abandona,
que tiene otros quebraderos
de cabeza, que...

EUGENIO. Te engañas,
Luisa: yo conozco á Alfredo
muy bien, estudiamos juntos
en Salamanca, y recuerdo
que era un jóven poco amigo
de bromas y devaneos.

LUISA. Seria entonces, porque ahora...

EUGENIO. A propósito: recuerdo
ahora cierto lance mio,
cierta trapisonda...

LUISA. Eugenio,
calla.

EUGENIO. Una calaverada
que me hizo tener un duelo
con un mozo á quien dejé
en el campo medio muerto.

LUISA. Ya la contarás si quieres
despues.

EUGENIO. Ahora mismo.
LUISA. Luego.
EUGENIO. Escucha.
LUISA. No he dicho ya...
EUGENIO. Y por qué...?
LUISA. *(En tono de reconvencion.)*
Porque no quiero.
EUGENIO. Corriente, qué tontería!
No te incomodes por eso.
Si antes me lo hubieses dicho...
Dime, hallaste aquel pañuelo
que buscabas?
LUISA. No, sin duda
me lo dejé en el asiento
de la diligencia.
EUGENIO. Quieres
que vaya por él?
LUISA. No, déjalo:
hace mas de una semana
que vine y...
EUGENIO. Yo pronto vuelvo;
ya ves que de aquí á Madrid
no hay gran distancia, un paseo;
estamos en el famoso
Carabanchel.
LUISA. Y por cierto
que en la diligencia iba
á mi lado un caballero,
que no dejó en todo el viaje
de decirme cumplimientos
y piropos: te aseguro
que ya tenia deseos
de llegar aquí.
EUGENIO. *(Con indignacion.)*
Sus señas?
LUISA. Hola! tambien tienes celos
y quieres reñir con él,
y dejarle, calla, tiemblo,
como á aquel de Salamanca,
en el campo medio muerto?
EUGENIO. Es que yo...
LUISA. Ya lo conozco.
EUGENIO. No sufro...

LUISA. Sí, lo comprendo;
pero cálmate.
EUGENIO. Qué quieres!
me exalto y... tengo este genio!

## ESCENA II.

*Dichos.*—ADELA *que entra por la puerta del fondo, en trage de calle.*

ADELA. *(Desde la puerta.)*
Puedo entrar?
LUISA. Grata sorpresa!
ADELA. *(Abrazándola.)*
Luisa! Eugenio!
EUGENIO. Usted aquí?
ADELA. Te sorprende verme?
LUISA. Sí:
mas no juzgues que me pesa.
ADELA. Nunca tal de tí he creido.
LUISA. Pero siéntate.
ADELA. *(Sentándose.)*
Sí, voy:
porque mareada estoy
del carruage.
LUISA. Y tu marido?
ADELA. Se acaba de separar
en la puerta, y no subió
*(A Eugenio.)*
á ver á usted, qué sé yo,
porque tenia que hablar,
segun me dijo, á un amigo
que está en el pueblo tambien.
EUGENIO. Un amigo? Ya sé quién:
sí, no hay otro aquí: Rodrigo.
Qué buen chico y qué buen génio
el suyo! era de los mios,
amigo de desafios,
y de bromas y de...
LUISA. *(En tono de reconvencion.)*
Eugenio!

(*A Adela.*)
Supongo que subirá
cuando concluya?

ADELA. No sé;
presumo que no.

LUISA. Por qué?

ADELA. Qué quieres? él lo sabrá.

LUISA. Pues Adela, está de Dios
que no le he de conocer.

EUGENIO. Yo te le voy á traer,
aquí vendremos los dos.
(*Toma el sombrero haciendo ademan de marcharse y volviendo hácia Luisa.*)
A no ser que tú prefieras
que me quede aquí.

LUISA. No, sal.

EUGENIO. Si tú piensas que hago mal...

LUISA. Vete, corre, haz lo que quieras.
Pues abur.

EUGENIO. (*Repitiendo el mismo juego de antes.*)
Pero oye.

LUISA. Pues!...
Otra nueva cosa? dí.

EUGENIO. Tú quieres que salga?

LUISA. Sí.

EUGENIO. Pronto vuelvo. Hasta despues.
(*Se va por la puerta del fondo.*)

## ESCENA III.

LUISA.—ADELA.

ADELA. Ay Luisa! Con un marido
como Eugenio, debes ser
la mas dichosa mujer
que en este mundo ha nacido!
Hallar otro no es creible!

LUISA. Tiene tambien sus defectos;
mas quien busca hombres perfectos,
busca, Adela, un imposible.

ADELA. Un marido tan sumiso
tan obediente, tan fiel,

debe ser vivir con él
vivir en el paraiso.
Qué distintos caractéres!
tu esposo tan bonachon,
y el mio tan trapalon,
tan hipócrita!

LUISA. Qué quieres!

ADELA. No juzgues que se propasa
conmigo; donde le vés,
es un cordero á mis piés,
es un inocente... en casa.
Dice que por mí delira,
y que mi amor es su encanto;
tal cariño es bueno y santo...
pero si todo es mentira.
Y es tan hábil y tan ducho
en esto de enamorar,
que á veces me hace dudar
si es cierto ó no lo que escucho.
Qué requiebros y qué flores!
Qué ternura y qué pasion!
Qué hablarme del corazon!
Qué requerirme de amores!
Ya me dá un estrecho abrazo,
ya finjiendo un loco acceso
imprime en mi mano un beso,
ya se recuesta en mi brazo;
y con mimos y carocas
me dice humilde y rendido:
«Tienes, Adela, un marido
como le tendrán muy pocas.»
A ver si quien habla asi
no engaña al mismo Luzbel;
á no saber lo que es él,
tambien me engañára á mí.
Mas por mi desdicha sé,
y esto es lo que mas me abrasa,
que lo que me dice en casa
dice fuera á cuantas vé.
Y luego, Luisa, al mirar
lo perdido que anda el mundo,
con grave razon me fundo,
en que hace algo mas que hablar;

y ya ves que esto es horrible.

LUISA. Tu queja es muy natural
si es asi: mas porte tal
en Alfredo no es creible.

ADELA. Pues entonces, di, qué asuntos
le obligan á estar ausente
de mi lado, sin que cuente
dos horas para estar juntos?
Siempre pretesta al salir,
que su clase de abogado
le impone un deber sagrado
con el que es fuerza cumplir;
y empieza á hablarme á la vez
de este pleito, de esta herencia,
de la sala, de la audiencia,
del escribano y del juez.
Yo que su intencion preveo,
me callo y le dejo hablar;
él me pretende engañar
pero yo nada le creo.
El mal está, no te alteres
si esto digo, ni te asombres,
en que en razon de los hombres
somos muchas las mujeres.
Ellas que son muy ladinas
y muy coquetas, y él
que al verlas se hace una miel...
Esto es vivir sobre espinas!

LUISA. Para hablar de esa manera
algun motivo tendrás?

ADELA. Alguno? Muchos, quizás
mas de los que yo quisiera.
Hace un mes que vino un dia
á casa, inquieto, asustado,
me vió, se sentó á mi lado
y me dijo: «Adela mia,
aunque con todo el pesar
de un marido que te adora,
sabe que antes de una hora
te tengo que abandonar.
Sé que mi tio Alvarado
se encuentra en Teruel enfermo,
y yo no como ni duermo

hasta no estar á su lado.»
Yo le crei, y hallé justo
el viaje; luego he sabido
que ese tio tan querido
estaba sano y robusto.

LUISA. Oh! Qué placer es vivir
con un hombre así, qué gloria!

ADELA. Pues no ha dado fin mi historia.
Escucha.

LUISA. Aun hay mas que oir?

ADELA. A la semana volvió,
y cuando le ví, le hallé
mas amable que se fué:
su plan tiene, dije yo:
no hice mal en sospechar,
porque me dijo despues
«Por qué no te vas un mes
con Luisa al campo á gozar?
Allí variando de vida
y aspirando aire mas puro,
te repondrás, de seguro.»
Yo le miré sorprendida,
y él prosiguió. «Con dolor,
Adela, voy observando
que te vas desmejorando!«
Nunca me he hallado mejor.
Su intencion bien clara está,
es separarse de mí
porque estando solo allí
podrá hacer... él lo sabrá.
Yo me callé por prudencia.

LUISA. Hiciste muy mal.

ADELA. Lo sé;
pero yo castigaré
su descaro y su insolencia.
El presume que he venido
á pasar un mes aquí,
y separado de mí
debe estar muy divertido.
Mi proyecto ahora, es volver
de oculto á Madrid...

LUISA. Entiendo.
Tú quieres irle siguiendo...

ADELA. Ya puedes tú comprender;
quiero ver si al fin consigo
sorprenderle: entonces...
LUISA. Sí.
ADELA. Mas necesito de tí.
LUISA. De mí? Pues cuenta conmigo.
Yo nunca negarte puedo
lo que tu amistad merece.
ADELA. Y es, que hasta me favorece
que no te conozca Alfredo.
LUISA. Y si viene aquí despues?
ADELA. Nunca faltará un pretesto...
LUISA. Que estoy mala.
ADELA. Por supuesto.
*(Se oye ruido dentro.)*
LUISA. Gente viene. Mira...
*(Adela se dirige á la puerta del fondo.)*
ADELA. El es.
*(Se van por la puerta del costado.)*

## ESCENA IV.

EUGENIO.—ALFREDO, *que entran por la puerta del fondo.*

EUGENIO. Vamos, entra; ya se fueron?
estarán en el jardin:
voy á anunciar tu visita,
pronto vuelvo: esperas?
ALFRED. Sí.
*(Eugenio se va por la puerta del costado.)*

## ESCENA V.

ALFREDO.

Aun no he vuelto de mi susto.
Pobre don Roque! Infeliz!
No me cabe duda, es él,
él mismo, si, yo le vi.
¿Será cierto que ande en busca
del atrevido, del vil

que hace un mes encontró al lado
de su?... Me vuelvo á Madrid.
Donde él esté yo no debo
permanecer. Ay de mí!
Si temerosa Isabel
le ha llegado á descubrir
que era yo el quidam que estaba...
Si él viene en mi busca aquí
y me halla, se arma una broma
que ni la de San Quintin.
Qué susto el de aquella tarde!
Yo escapé en cuanto le vi,
y no pudo conocerme.
Si algo llegó á distinguir,
fué solo un bulto, y de lejos
puedo parecerme á mil.
Que lástima de sorpresa!
¿Quién le mandaba venir
á ese marido celoso
mientras estaba yo allí?
Oh! si me coge me mata!
¿Qué diria, cuando al fin
viera en el album los versos
que no pude concluir?
Eran mi declaracion!
Si lo que me pasa á mí
no sucede á nadie: tengo
la suerte mas infeliz!...

## ESCENA VI.

*Dicho.*—ADELA, *que entra por la puerta del costado.*

ALFRED. (*Cariñosamente.*)
Adela, en este momento
estaba pensando en tí.
ADELA. En mí?
ALFRED. Como te lo digo:
yo nunca supe fingir.
ADELA. Lo sé. ¿Y acaso he dudado
yo de tus palabras, dí?
ALFRED. Porque fuera en mí una accion

por demás infame y ruin
ser á tu cariño ingrato.

ADELA. (Temprano empieza á mentir.)
Ya sé que me quieres mucho.

ALGRED. No es cierto que eres feliz?
yo tambien lo soy contigo;
ya has oido veces mil,
aunque mis lábios no sean
los que lo deban decir,
que no habrá muchos maridos
como yo.

ADELA. Cierto, eso si.
Dime, en qué estabas pensando
cuando me viste venir?

ALFRED. En nuestra separacion.

ADELA. Es verdad.

ALFRED. Tú estás aquí
mientras que yo...

ADELA. Buen remedio;
no te vuelvas, porque al fin
quién te obliga?

ALFRED. Oh! si pudiera...
pero me precisa ir
á arreglar ciertos asuntos
que activarle prometí
en Teruel á mi buen tio,
y no puedo prescindir...
Esto me tiene angustiado,
de mal humor, con esplin...
¡Estar tú en Carabanchel,
cuando yo estoy en Madrid!

ADELA. Cómo ha de ser! Si conviene
á mi salud!...

ALFRED. Eso sí,
tu salud es lo primero:
pues no?

ADELA. Yo quise seguir
tus consejos, y por eso
al punto me decidi,
y hasta abrigo una esperanza:
creo que he de conseguir
á mi regreso pasarlo
mucho mejor que hasta aquí,

y presumo que en la ausencia
me tengo de divertir.

ALFRED. Quién lo duda? Es otra vida
mas pura, mas pastoril!
Ya corriendo por el campo,
ya saltando en el jardin,
ya recordando con Luisa
en plática femenil
las locuras y las bromas
de vuestra infancia feliz...
Oh! seguro estoy que al mes,
cuando te vuelvas á unir
conmigo, has de estar mas linda
que cuando te conocí.
Y eso que estabas divina!
Te acuerdas? Un serafin
eras.

ADELA. Qué dichosos tiempos!

ALFRED. La primer vez que te vi
llevabas vestido negro,
un manton de cachemir,
el pelo en rizos caido,
botitas de azul turquí:
recuerdo que por el pié
me empezaste á seducir.
Era una tarde, te acuerdas?

ADELA. Y tanto!

ALFRED. Del mes de abril.
Ibas con tu pobre madre
camino de Chamberí...
Qué efecto al verte me hiciste,
no te puedo describir...
si hermosa te hallé de frente,
mas hermosa de perfil.
Qué tarde aquella!... qué tarde!
Yo siempre detrás de tí
paso á paso, y tú finjiéndote
la... la...

ADELA. Acaba de decir.

ALFRED. La coqueta, no te ofendas;
todas, todas sois así,
Cuando tus hermosos ojos
te dignaste dirigir

acompañados de aquella
dulce sonrisa hacia mí;
no sabes, Adela mia,
cuánto me hiciste feliz!
Desde aquel instante mismo
llegué en mi pecho á sentir
este amor que te profeso,
este ciego frenesí,
amor que, siempre en aumento,
me hace en el mundo vivir
triste, no estando á tu lado,
feliz, si estás junto á mí:
porque aprecio tu cariño
en mas, esto sin mentir,
que todo el oro que encierran
las minas del Potosí.

ADELA. *(Aparte.)*
¿No es un dolor que sea falso
cuanto acaba de decir?

ALFRED. ¿Y comprenderás ahora
mi mal humor y mi esplin
al tener en este instante
que separarme de tí?

ADELA. *(Aparte.)*
Hola! ya pareció aquello.
Si das, Alfredo, en sentir
de esa manera, y no vences
ese humor tétrico, al fin
vas á enfermar: ten mas calma,
y no te aflijas así.

ALFRED. Si no puedo remediarlo.

ADELA. Distráete.

ALFRED. Y cómo?

ADELA. En Madrid
nunca faltan distracciones.

ALFRED. ¿Cómo me he de divertir,
faltando tú de mi lado?
*(Mirando el reloj.)*
Pero ya es tarde...

ADELA. Por mí...

ALFRED. Estando á tu lado, el tiempo
se me pasa sin sentir.

## ESCENA VII.

*Dichos.*—EUGENIO.

EUGENIO. Alfredo, me voy contigo.
ADELA. Van ustedes juntos?
EUGENIO. Sí.
Se ha empeñado mi mujer,
dije mal, no... que yo fui
quien me empeñé: ella con ruegos
me quiso hacer desistir
de mi marcha; yo no quise,
y ya me tienes aquí.
Tambien me ha dicho que siente
no haber podido salir
á verte, porque está enferma.
ALFRED. Pues qué tiene?
EUGENIO. Un dolor... Pist!
nada... jaqueca... las damas
son tan delicadas, y...
ALFRED. Adela, corre á su lado
por lo que pueda ocurrir;
no la abandones; jaqueca!...
ahí es un grano de anis!
EUGENIO. Entiendes de medicina?
Es mal de cuidado, dí?
Me haces estar con zozobra:
en cuanto llegue á Madrid,
me voy á avisar al médico
para que se venga aquí.
ADELA. No hay necesidad, Eugenio.
EUGENIO. No está demas acudir
con tiempo.
ALFRED. Pues vamos pronto
á ver al médico.
EUGENIO. Sí.
A los piés de usted, Adela.
ADELA. Señores, viaje feliz.
(*A Alfredo.*)
Que no te entristezcas tanto!
ALFRED. Que no te olvides de mí!

## ESCENA VIII.

ADELA.

Yo no sé cómo he tenido
paciencia! Hay que resignarse.
Y á esto lo llaman casarse
y á un ingrato así, marido?
No falta quien dice al ver
su finjido amor; su celo,
—Qué marido! Es un modelo!
Qué dichosa es su mujer!
Tiernos, amantes, sinceros,
cuál se idolatran los dos!
Líbreme en el mundo Dios
de los hombres zalameros!
Quién dirá sino que es fiel
Alfredo, al oir sus razones?
¡Amor está en las acciones,
no en palabritas de miel!

## ESCENA IX.

ADELA.—LUISA.

LUISA. Se marcharon ya los dos,
ó hay moros aun en la costa?
ADELA. Ya van corriendo la posta
por esos campos de Dios.
Ambos tristes y abatidos,
uno por dejarme á mí,
y el otro por verte á tí
con tus dolores finjidos.
No sabes con qué zozobra
me tiene mi Alfredo ya.
LUISA. ¿Hay quien nos vede quizá
poner nuestro plan por obra?
Cuanto mas pronto mejor.
ADELA. Tu resolucion alabo.

Ello es duro, pero al cabo
qué he de hacer?

LUISA. (*Tirando de la campanilla.*)
Fuera temor.

ADELA. Qué intentas?

LUISA. Lo vas á ver
ahora.
(*A un criado que se presenta en la puerta del foro.*)
El carruaje al punto.
Es delicado el asunto,
y no hay tiempo que perder.

ADELA. Si salgo bien con mi ardid,
todo á tu amistad lo debo.

LUISA. Con que tú apruebas?...

ADELA. Yo apruebo
lo que tú.

LUISA. Pues á Madrid.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

Habitacion elegante; dos puertas laterales y otra en el fondo; á la derecha del actor un velador, y en él varios periódicos.

## ESCENA PRIMERA.

ADELA.—LUISA.—*Que entran por la puerta del fondo en trage de calle.*—ANDRÉS.

ADELA. Conque no ha venido aun?
ANDRES. No señora, cuando sale
estando solo, acostumbra
á retirarse muy tarde.
ADELA. Qué tal? Por eso desea
tenerme siempre distante
de su lado.
LUISA. Pues entonces
no hay cuidado que nos halle;
podemos tranquilamente
descansar.
ADELA. Falta nos hace.
*(A Andres.)*
Tú te estás en el balcon,
y cuando venga, ya sabes
nos avisas, no te olvides.
ANDRES. No hay cuidado que yo falte;
pero estoy casi seguro,
no quisiera equivocarme,
de que no se vuelve á casa
hasta que venga á acostarse.
LUISA. Pues largo va todavía.
ADELA. Andrés, puedes retirarte.
ANDRES. Bien, señora. (Qué misterios!
Qué será lo que aquí pase?)
*(Se va por la puerta del fondo.)*

## ESCENA II.

ADELA.—LUISA.

ADELA. *(Sentándose.)*
Ay Jesus! Estoy rendida!
LUISA. Vaya un chasco!
ADELA. Vaya un lance!
Ir tras él dos horas juntas
cruzando plazas y calles,
para llegar á perderlo.
LUISA. Mal principian nuestros planes.
ADELA. Pero, por dónde se ha ido?
En dónde está?
LUISA. Dios lo sabe!
ADELA. Esto, Luisa, me trastorna.
esto me enciende la sangre.
Cómo he de vivir tranquila
con un hombre?
LUISA. Vamos, cálmate.
ADELA. Que su intencion no era buena,
no hay duda: dí, no observaste
que andaba como con miedo
de que le siguiese alguien?
LUISA. Te habrá visto acaso?
ADELA. No.
Cuando él se volvió, al instante
me oculté como tú viste;
no hay ningun cuidado.
LUISA. Y sabes
que yo he visto á tu marido
y no sé á dónde?
ADELA. Es muy fácil,
porque siempre está corriendo
por Madrid.
LUISA. Quizá me engañé;
ya ves, á tanta distancia
pude bien equivocarme.
ADELA. Pero, por dónde se fué?
No sabes, Luisa, no sabes

por mucho que asi lo creas,
lo que tu marido vale:
tan amable, tan humilde...

LUISA. Oh! pues si tú le escuchases
cuando dice que su génio
es atroz, intolerable,
que él es el Rey en su casa,
y que no le manda nadie...

ADELA. Con que tambien?...

LUISA. Cá! No creas;
él lo dice y no lo hace.
No puede haber en el mundo
como el suyo otro carácter,
le dá por finjirse un diablo
cuando en el fondo es un ángel.
Otras veces me relata
mil embrollos y mil lances
que segun él asegura
tuvo allá en sus mocedades.
No ha habido mujer ninguna
de quien él no se burlase,
ni ha tenido desafio
del que saliendo triunfante
no haya dejado al contrario
muy mal herido ó cadáver.
Y en fin, segun él se esplica,
sin que exagere ni un ápice,
ha sido un don Juan Tenorio
con todas sus cualidades.
Por lo visto él se figura
que es un delito; y muy grande,
siendo bueno parecerlo;
que se corrija no es fácil,
y asi le dejo que siga
con su manía adelante,
yo riéndome al oirle
y él al contarlo engañándose.

ADELA. Qué distinto es tu marido
de mi Alfredo!

LUISA. Es el contraste.

ADELA. Los defectos de tu Eugenio,
Luisa, son mas tolerables.
¿Qué importan esas manías

si en su cariño es constante?
Mientras el tuyo se finje
un calavera, un infame,
el mio siéndolo, quiere
parecer un santo, un mártir;
y á ser cierto lo que dice,
se le erigieran altares.
Oh! Yo te aseguro, Luisa,
que si soltera me hallase
conociendo como ahora
lo que son los hombres, antes
me encerraba en un convento,
no te engaño, que casarme.

LUISA. No desconfies, Adela,
que algun dia...

ADELA. Es ya tan tarde..!
Lo que quiero es sorprenderle
y poder decirle: infame!
eras tú el que me decias
que eras en tu amor constante?
Con requiebros y con flores
pensaste torpe engañarme,
porque sin duda creiste
que no conoci tus planes....
pero ya ves...

ANDRES. *(Desde la puerta.)*
Don Alfredo
ha entrado aqui.

LUISA. *(Con aturdimiento.)*
Dios nos salve!

ADELA. Todo nuestro plan por tierra.

LUISA. Cómo evitar que nos halle?
venida mas impensada!

ADELA. Cómo? Yo tengo la llave,
de mi cuarto, en él entramos...

LUISA. *(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)*
Si, pero...

ADELA. Cuando se marche
salimos...

LUISA. Que ya está aquí.

ADELA. Jesus! Qué torpe estoy!

LUISA. Abre,
que nos va á ver.

ADELA. Ya por fin
pude abrir.
*(Al tiempo de entrar Adela en el cuarto ve que entra Alfredo por la puerta del fondo, y cierra dejando á Luisa en la escena.)*
LUISA. Ay Dios! Qué lance!

## ESCENA III.

LUISA.—ALFREDO.

ALFRED. (Qué es esto? Una dama aquí!)
LUISA. *(Con aturdimiento.)*
Caballero!
ALFRED. Es ella!
LUISA. Es él!
(Qué situacion tan cruel!)
ALFRED. Usted en mi casa?
LUISA. Si...
ALFRED. No juzgue usted que me pesa,
mas soy curioso, y no vivo
si no sé pronto el motivo
de esta agradable sorpresa...
LUISA. Contestaré... á usted al punto.
ALFRED. Ruego á usted que tome asiento.
LUISA. (Fuerza es mentir. Qué tormento!)
ALFRED. Sentémonos, y al asunto.
LUISA. Por motivos... que diré,
me he visto obligada hoy
á... dar el paso que doy...
yo vengo... en busca de usté.
ALFRED. (Todo esto en mi pró resulta.)
Señora, yo tan honrado!
LUISA. No es usted?...
ALFRED. Soy...
LUISA. Abogado?
Pues bien; vengo á una consulta.
ALFRED. Ya!
LUISA. (No es mala la invencion!)
usted me dijo quién era
en el viaje, su carrera,
su estado, su habitacion...

y recordando no ha mucho
su cortés ofrecimiento,
no vacilé ni un momento
en venir...

ALFRED. Gracias! (Qué escucho?)
Solo que usted hable espero.

LUISA. *(Mirando al rededor del cuarto.)*
El asunto es delicado...
y sintiera...

ALFRED. No hay cuidado,
estoy solo; soy soltero.

LUISA. Sí, recuerdo... (Qué embrollon!)

ALFRED. *(Con intencion.)*
Sin trabas ni obligaciones,
soy dueño de mis acciones,
dueño de mi corazon.

LUISA. (Ya ha empezado. ¡Qué agonía!
para la otra que está viendo!...)

ALFRED. (A estarlo mi Adela oyendo
válgame Dios, qué diria!)
La consulta es sobre qué?

LUISA. Sobre un asunto muy serio.
*(Mirando al rededor del cuarto.)*
No hay nadie?

ALFRED. No. (Qué misterio!)

LUISA. (Cielos!)

ALFRED. Diga usted.

LUISA. Diré.
Yo soy casada!

ALFRED. Casada!
(Del género que me gusta.)

LUISA. Y tengo una queja justa
que dar; soy muy desgraciada!
Tengo un esposo que infiel
me vende, y su amor olvida;
yo diera por él mi vida,
y él me engaña!

ALFRED. Eso es cruel!
no merece usted tal porte:
ni sé cómo puede haber
hombre de tal proceder
que así ultraje á su consorte!

LUISA. Pues los hay.

ALFRED. Harto lo sé:
mas como yo soy asi
y amo con tal frenesi,
y tengo constancia y fé,
¿qué rareza es que me estrañe
de un amante volandero?
A quien yo diga:—te quiero!—
no hay temor de que la engañe.
LUISA. (Válgame Dios!)
ALFRED. Pero al caso:
á la consulta.
LUISA. A eso voy.
(Lo que miente!)
ALFRED. (Lo que es hoy
salgo triunfante del paso.)
LUISA. Pues bien, ese infiel esposo
que Dios me ha dado...
EUGENIO. *(Dentro.)*
Ha venido?
LUSÍA. (Es la voz de mi marido...)
*(Con aturdimiento.)*
Caballero!
ALFRED. (Esto es chistoso!
Por vida!)
LUISA. (Si ahora me vé...)
ALFRED. (Si ahora nos halla á los dos...)
LUISA. Oh caballero, por Dios,
por Dios, escóndame usté.
Quien me viera, qué diria?
ALFRED. Descuide usted, yo respondo...
LUISA. No tal, no: dónde me escondo?
ALFRED. Dónde? en mi cuarto.
*(Alfredo conduce á Luisa al cuarto de la derecha, y cierra la puerta sin echar la llave.)*
Ya es mia!

## ESCENA IV.

ALFREDO.

Ahora busquemos un medio
para alejar de mi lado
á Eugenio; en lance apurado
fuerza es buscar un remedio.

## ESCENA V.

ALFREDO.—EUGENIO, *que entra por la puerta del fondo dando muestras en su semblante de inquietud y sobresalto.*

EUGENIO. Gracias á Dios que aqui estoy!
ALFRED. (Intempestiva venida!)
EUGENIO. No me ha pasado en la vida
lo que me ha pasado hoy.
Qué empeño tan pertinaz
en seguirme! Qué descoco!
ALFRED. Pero bien, quién es?
EUGENIO. Un loco
que no me ha dejado en paz.
Escucha, y te contaré
todo.
*(Sentándose.)*
ALFRED. (Se sienta... reniego!)
EUGENIO. Estoy de cólera ciego!
voy á decirte el por qué.
Iba por la calle, cuando
de pronto á mi lado ví
al Marqués... ya sabes?
ALFRED. Sí.
EUGENIO. Estuve con él hablando,
dió nuestra plática fin,
y como natural es,
yo le dije:—adios, Marqués,—
y él dijo:—adios, Medellin!—
No bien oye mi apellido
uno que cerca pasaba,
cuando veo que me clava
la vista, y enfurecido
viene hácia mí; yo no sé
lo que entonces me pasó;
la cólera me cegó,
y ya en matarle pensé!
ALFRED. Y al fin qué hiciste?
EUGENIO. Queriendo
evitar una sonada,

emprendí la retirada.

ALFRED. Y el otro?

EUGENIO. Me fué siguiendo!
Terco el hombre por demás,
por mucho que yo corria,
á gran distancia venia
corriendo tambien detrás.

ALFRED. Quién era?

EUGENIO. Lo sé yo acaso?
Harto ya, quise volverme;
mas por no comprometerme
no quise cerrarle el paso.
Ya me inspiraba recelo
insistencia tan molesta:
por causas menores que esta
he tenido mas de un duelo.
*(Con misterio.)*
Te acuerdas cuánto se habló
de aquel que encontraron muerto
en el campo?...

ALFRED. Sí por cierto.

EUGENIO. Te acuerdas? Le maté yo!
Por una causa mezquina
fué víctima de mi arrojo;
por mirarme de reojo
al revolver de una esquina.
Conoces el genio mio,
sabes que hasta sin ventajas
por quítame allá esas pajas
he tenido un desafio.
Sabes que, aunque no hago alarde
de valor y de arrogancia,
puedo decir con jactancia
que nunca he sido cobarde:
pues juzga de qué prudencia
no habré tenido que usar
para poder tolerar
tan pertinaz insolencia!
Al fin pude, como ves,
llegar aquí, y no me ha visto
entrar; anduve muy listo:
tengo yo muy buenos piés!

ALFRED. Quién sabe!

EUGENIO. No, estoy seguro;
y además, si ha sido así,
si me ha visto entrar aquí,
que venga: yo no me apuro.
ALFRED. ¿Intentarás provocar
un lance inútil con él?
*(Toma el sombrero de Eugenio y se lo pone en la mano.)*
Vuélvete á Carabanchel.
Dónde mejor has de estar?
Por ventura has olvidado
que está enferma tu mujer,
y que no debes perder
tiempo lejos de su lado?
EUGENIO. Es cierto!
ALFRED. Respeta un poco
tu posicion.
EUGENIO. Es verdad!
ALFRED. No te encuentras en la edad
de hacerte el tronera, el loco.
EUGENIO. Eso mi furor contiene,
que si no...
ALFRED. Pues ya se vé.
(Gracias á Dios!)
EUGENIO. Me voy.
*(Se dirige hácia la puerta del fondo, y de pronto se vuelve.)*
ALFRED. Vé...
EUGENIO. Pero no.
ALFRED. Qué te detiene?
EUGENIO. Nada, que así no consigo
librarme de que me halle
en cuanto cruce en la calle.
Quieres venirte conmigo?
No porque le tema, no,
sino porque á todo trance
quisiera evitar un lance:
ya sabes tú quién soy yo!
Si al menos fuera de noche,
podria salir oculto.
ALFRED. Voy á resguardarte el bulto
hasta que encuentres un coche,
EUGENIO. Brava idea!

ALFRED. (Solo así
puedo librarme de él.)
Tú vas á Carabanchel...
EUGENIO. Pues. *Luisa.*)
ALFRED. *(Dirigiéndose al cuarto donde está*
(Y yo me vuelvo aquí.)
Conque...
EUGENIO. Si supieras tú
las citas que yo he tenido
en coche! vamos, si he sido
de la piel de Belcebú!
ALFRED. Todas las sé de memoria.
EUGENIO. Yo siempre he sido lo mismo,
siempre...
ALFRED. Pues! (Qué sinapismo!)
EUGENIO. ¿Sabes esa nueva historia
que se cuenta por ahí?
ALFRED. No la sé.
EUGENIO. En ella figura
cierta dama... una hermosura!
y un marido...
ALFRED. (Cielos!) Dí.
EUGENIO. Pues cuentan que ese marido
halló á su mujer en casa
con un quidam... Qué te pasa?
(*Viendo la turbacion de Alfredo.*)
Qué tienes?
ALFRED. Nada, un vahido...
el tiempo... esta sequedad...
EUGENIO. Es un lance muy chistoso!
ALFRED. Mucho!... ¿Y quién es el esposo
de esa inocente beldad?
EUGENIO. Quién es?
ALFRED. Le conoces?
EUGENIO. *(Sonriendo.)* Bah!
ALFRED. (Se rie... pues; nada ignora...
ella me vendió... Traidora!
Lo sabrá mi mujer ya?
mintiendo salgo del paso.)
¿Sabes quién era el infame,
no estrañes que así le llame,
porque es muy terrible el caso,
que á entrar asi se atrevió

sin respetar el derecho...?

EUGENIO. *(Sonriéndose maliciosamente.)*
No sospechas?...

ALFRED. No sospecho.

EUGENIO. *(Con misterio.)*
Ese malvado era yo!

ALFRED. Tú?

EUGENIO. Yo! me vas á decir
que soy un vil, un truan!

ALFRED. (¡A dónde lleva el afan
á las gentes de mentir!)

EUGENIO. De estas tengo cada dia.
Ya se vé, tú siempre has sido
tan pacato y encogido...

ALFREDO. Qué conducta! Qué osadía!
¿Cómo te dejó marchar
el marido?

EUGENIO. Le asusté
cuando le desafié,
y no se atrevió á chistar.

ALFRED. Si tu mujer lo supiera!

EUGENIO. Mi mujer? La tengo yo
muy bien enseñada, y no
y no hay miedo.

ALFRED. Eres una fiera!

EUGENIO. Vaya! De poco te estrañas.
Como yo viva contigo
en menos de un mes me obligo
á hacerte entrar en mis mañas.
Pero no nos detengamos;
tu vé á mi lado muy junto...

ALFRED. *(Dirigiéndose al cuarto donde está Luisa.)*
(Gracias á Dios! Vuelvo al punto.)

EUGENIO. Qué dices?

ALFRED. Nada.

EUGENIO. Pues vamos.
*(Vánse por el fondo.)*

## ESCENA VI.

LUISA.—*Luego* ADELA.

LUISA. Gracias á Dios que se fueron.
(*Llamando.*)
Adela! Jesús, qué ahogo!
ADELA. Me han hecho pasar un rato!
LUISA. Con que lo escuchaste?
ADELA. Todo.
Y por lo visto, tan bueno
es el uno como el otro.
LUISA. Bueno es vivir para ver!
¿Has oido nunca embrollos
como los de Eugenio?
ADELA. Y tú
has visto con mas aplomo
mentir á nadie que á Alfredo?
Vamos, si esto es horroroso!
¡Decir un hombre casado
que es independiente, solo!
¡Y que lo haya estado oyendo
con paciencia! Qué sofoco!
Con que tú le conocias?
LUISA. Oye; á principios de agosto
marché á Alcalá con mi tia
dos dias, como hago todos
los años; luego al volverme,
entré, por llegar mas pronto,
en el coche de Aragon
que venia de retorno
á Madrid, y entonces ví
á el alhaja de tu esposo.
Ninguno nos conociamos,
pero él con mucho descoco
empezó, como hace un rato,
á decirme mil piropos.
ADELA. Esto merece un castigo
ejemplar.
LUISA. Si, me consumo,
si no por ellos, al menos

por nuestro propio decoro.

ADELA. Habrá traidor como él?
A mi lado tan meloso,
tan rendido, y en estando
lejos de mí el muy gazmoño
se olvida de...

LUISA. No perdamos
el tiempo, que es muy precioso.
Alfredo no tardará...

ADELA. Pues vete.

LUISA. Y dónde me escondo?

ADELA. En mi cuarto.

LUISA. ¿Y cuando vea
que me he marchado?

ADELA. Yo corro
con eso; mas si nos vé
juntas, él que no es tonto
va á sospechar...

LUISA. Bien, me marcho.
Siga adelante el embrollo.
(*Se entran en el cuarto de la izquierda.*)

## ESCENA VII.

ADELA.

Animo y resolucion!
si Dios me proteje un poco,
espero salir con bien
de este endiablado negocio.
Mujeres, las que anhelais
el yugo del matrimonio,
mirad en mi las venturas,
las delicias de que gozo!
Los hombres nos alucinan;
muy humildes cuando novios,
muy rendidos al principio
del anhelado consorcio!
Pero cuando ya nos miran
sin el poético adorno
que su enamorada mente
forjó en tiempos mas dichosos...

adios amor! Y ya empieza
el fastidio y los embrollos;
y el soñado paraiso
se convierte en purgatorio!

## ESCENA VIII.

ADELA.—ALFREDO, *que entra sin ver á esta, dirigiéndose al cuarto en que dejó á Luisa.*

ALFRED. (Al fin le dejé! Qué cócora!)
Ahora...
*(Dirigiéndose al cuarto de la derecha.)*
ADELA. Alfredo!
ALFRED. *(Con aturdimiento.)*
Adela! (Ay Dios!
Habrá situacion mas crítica
ni mas azarosa!)
ADELA. Estoy...
aguardándote hace un rato.
Tú no me esperabas?
ALFRED. No.
*(Con aturdimiento.)*
(Cielos! Qué dirá esa prójima!)
ADELA. Siéntate.
ALFRED. (Qué situacion!)
Estoy mejor asi; déjame!
Quieres que salgamos?
ADELA. Oh!
Qué ocurrencia! Salir; calla!
Y á dónde? Rara aprension!
ALFRED. A paseo.
ADELA. *(Riéndose.)*
Y en canícula!
á estas horas! Son las dos!
ALFRED. Era solo por el gusto
de ir contigo.
ADELA. Yo te doy
las gracias, mas si ir conmigo
era toda tu ambicion,
no nos movamos de casa
y estemos juntos los dos.

No aplaudes mi parecer?

ALFRED. Sí.

ADELA. No sé qué tienes hoy
que estás asi tan inquieto...
qué tienes?

ALFRED. Nada, el calor...

ADELA. Tanto has andado?

ALFRED. Sí, un poco,
y luego el polvo y el sol...
(No me he encontrado en mi vida
en compromiso mayor!)
Y á qué debo, Adela mia
la grata satisfaccion?...

ADELA. Despues que aquí te viniste,
y Luisa se halló mejor
de su cabeza, me dijo
que tenia precision
de ir á Madrid; yo pensando
que era hacerte un gran favor
venir aquí de improviso,
dije resuelta; allá voy:
y no hay mas; Luisa vendrá
á buscarme luego, y yo
entretanto, estoy al lado,
no dirás que no es amor,
de mi esposo.

ALFRED. (Estoy pasando
mas que pasó el santo Job!)

ADELA. No te has alegrado, dime,
de verme?

ALFRED. Mucho! Pues no!
No hallo medio de evadirme.)

ADELA. (Lo que sufre!)

ALFRED. (Esto es atroz!)

ADELA. Y como tú me dijiste
que nuestra separacion
te tenia algo angustiado...

ALFRED. Es cierto...

ADELA. Y de mal humor,
quise darte esta sorpresa;
esto solo me movió.

ALFRED. Yo te lo agradezco...

ADELA. Sabes

que hace en esta habitacion
un bochorno..?

ALFRED. No es estraño,
en agosto...

ADELA. Lo mejor,
es abrir aquella puerta,
que haya mas ventilacion.
(*Al tiempo de dirigirse Adela hácia el cuarto de Alfredo, este se precipita á detenerla.*)

ALFRED. No, Adela, no; qué locura!

ADELA. Bien, por qué?

ALFRED. (*Tosiendo.*)
Tengo una tos...
y un constipado...

ADELA. Jesus!
entonces tienes razon.
Qué no haré por un marido
como tú!

ALFRED. Gracias. (Ay Dios!)

ADELA. Pero siéntate á mi lado
y hablaremos, quieres?

ALFRED. (*Sentándose.*)
Voy.

ADELA. Si supieses qué contenta
estoy á tu lado!

ALFRED. Y yo!

ADELA. Mil veces bendigo al cielo
por la feliz eleccion
que he tenido en un esposo
fiel y constante en su amor...
Hay tantas tan desgraciadas
mientras yo tan feliz soy!
Tantas que viven sufriendo,
porque hay tanto trapalon!..
¿Puede haber en este mundo,
Alfredo, dicha mayor
que vivir dos séres juntos
fieles y amantes los dos?
Oh! no conoce los goces
de la conyugal union,
aquel que, hipócrita, falta
al cariño que juró
conservar toda su vida,

juramento que oyó Dios!
Eso es horrible!

ALFRED. (No sé
qué tengo, pero no estoy
bueno!)

ADELA. Ademas, esta dulce
tranquilidad ¿no es mejor
que la inquietud, la zozobra
que reina en el corazon
del que falta á sus deberes?
No es cierto, Alfredo?

ALFRED. Sí.

ADELA. Oh!
Si tú llegases un dia
á engañarme!

ALFRED. Yo! Qué horror!
Calla, Adela!

ADELA. No te alteres:
es una suposicion.
Sé muy bien cuánto me adoras,
y asi no abrigo temor
ninguno, y aun cuando dicen
que todos los hombres sois
unos falsos, yo te tengo
á ti por una escepcion.
Creo que no me equivoco.

ALFRED. (Este tormento es feroz!)

ADELA. Siempre me estás dando pruebas
de tu acendrada pasion!
Siempre te encuentro á mi lado
tierno, amable... menos hoy
que estás, no sé, tan callado
y tan... te encuentras peor
de tu constipado, Alfredo?
Responde.

ALFRED. (Siento un sudor
frio y una flojedad
y un...)

ADELA. (Pobre, me dá compasion
ver lo que está padeciendo,
pero mas padezco yo!)
Si lo que tu mal agrava
es esta conversacion,

la dejaremos.

ALFRED. (*Despues de unos momentos de pausa.*)
Por qué?

ADELA. Te acuerdas de qué hace hoy
años?...
(*Alfredo se queda pensando un instante.*)
Qué poca memoria!

ALFRED. De que me marché al Ferrol?

ADELA. No.

ALFRED. De mi vuelta?

ADELA. Tampoco.
De aquella declaracion
que me escribiste en el album,
en verso.

ALFRED. Ah! Sí, ya estoy.

ADELA. Qué linda es!

ALFRED. Oh! no tanto.

ADELA. Se vé en ella la pasion
que te inspiraba...

ALFRED. Eso sí.

ADELA. Mira, espérate que voy
por ella, me gusta tanto...

ALFRED. (Oh qué idea!) Es lo mejor.

ADELA. La leeremos. (Que respire
un poco, en tanto que yo
arreglo mi plan con Luisa.)
No tardo.
(*Váse.*)

ALFRED. Gracias á Dios!

## ESCENA IX.

ALFREDO.

Ya por fin respiro en calma!
Qué angustiosa situacion!
(*Dirigiéndose hácia el cuarto donde dejó á Luisa, llamándola.*)
Señora! señora! Qué alma?
Señora, por compasion!
(*Abriendo la puerta.*)
Qué miro! no está! se fué!

Y yo me he estado angustiando
por una!... vamos, no sé
qué tengo, que estoy temblando!
Solo falta para dar
al cuadro el último toque,
que ahora me venga á buscar,
estando Adela, don Roque!
Don Roque! Por mas que intento
olvidar aquella historia,
no consigo ni un momento
borrarla de mi memoria.
En casa estoy temeroso
de verle entrar por ahí.
Si salgo, voy receloso
temiendo vaya tras mí.
No es el temor de ese vándalo
lo que me asusta y me hiela;
temo que armando un escándalo,
descubra el pastel Adela.
Adela! que en mí confia
y mi constancia pregona...
Adela! tal felonía
ninguna mujer perdona.
Bueno que por distraccion
me solace y me divierta,
mas con tino y precaucion
sin que ninguno lo advierta.

## ESCENA X.

ALFREDO.—ADELA, *que sale con el album en la mano.*

ADELA. (Ya todo está preparado.)
Aquí está el album. No ves?
treinta de agosto.
ALFRED. Sí, hoy es.
Tienes razon.
ALFRED. Me he engañado?
ADELA. Oh! qué venturoso dia
fué por fin para mí aquel
en que trasladé al papel
lo que en el alma sentia!

Yo que temiendo un fracaso
jamás me atreví, no es cuento
á hacer por falta de aliento
una escursion al Parnaso,
quise, venciendo el temor
atreverme, y oh! sorpresa!
salí con bien de mi empresa.
Me iba guiando el amor.

ADELA. Bien clara la prueba está,
solo amor pudo inspirarte.

ALFRED. Faltará en ellos el arte,
la pasion no faltará.

ADELA. *(Leyendo.)*
Hace tiempo, Adela hermosa,
que enfermó mi corazon,
y en vano busco un antídoto
que mitigue mi dolor.
Por tí sufro y á tí llego:
para calmar mi afliccion,
¿me negarás dueño mio,
el bálsamo de tu amor?
Tú sola puedes volverme
la paz que el alma perdió;
en tí fundo mi esperanza,
mírame con compasion!
No sé qué mágico hechizo
mi corazon fascinó,
que desde que ví tu encanto
estoy muriendo de amor!
No vive el pez sin el agua,
ni la abeja sin la flor,
ni la flor si no la alienta
con sus ardores el sol.
Y yo que por tí suspiro,
que por tí penando estoy,
yo, encanto del alma mia,
yo no vivo sin tu amor!

ALFRED. (Dichosos versos! Qué susto
me dieron ahora hace un mes!)

ADELA. Qué dices?

ALFRED. Nada. Ya ves
que estoy oyendo con gusto.
Aunque de poca entidad,

tus lábios los embellecen
tanto, Adela, que parecen
mejores en realidad.

ADELA. Todo está muy bien, Alfredo,
y ojalá que esa memoria
aquellos dias de gloria
me vuelvan... mas tengo miedo!..

ALFRED. Desecha todo temor,
no seas tan maliciosa:
¡asi vivas tan dichosa
como es seguro mi amor!

ADELA. De veras?

ALFRED. Lo juro...!

ADELA. Basta.
Jurar en falso es delito.

ALFRED. Dudas? Pruebas necesito!

ADELA. Si todos sois de una pasta!
Con que dé pruebas te vienes?
¿Será tanta mi fortuna
que no habrás dicho á ninguna
ni aun, qué lindos ojos tienes?

ALFRED. Desde que tu esposo soy,
ni aun eso.

ADELA. (Hipócrita!)

ALFRED. Di
si sabes algo de mi:
pronto á confesarlo estoy.

ADELA. Dime: ¿y si supiera...

ALFRED. (Ay Dios!
ya me ha dado calentura!)

ADELA. Alguna amante aventura...
qué dirias?

ALFRED. (Voto á brios!)
Que era una calumnia, si,
que tú no debes creer.

ADELA. ¿Y si yo llegase á ver
tales pruebas...

ALFRED. (Ay de mi!)
Dudar de ellas.

ADELA. Estás loco?
¿Y si llego á presentar
quien me pueda atestiguar...

ALFRED. Oh! no te fies tampoco;

tengo esperiencia á mi edad,
y en algo al hablar me fundo;
nadie está libre en el mundo
de una mala voluntad.
*(Viendo que Adela se rie.)*
Te ries de mi tormento?
¿Es decir que á tí te agrada
verme la cara angustiada,
verme sufrir?

ADELA. No, lo siento.

ALFRED. Harto sabes que es verdad
cuanto he dicho; mas callemos,
ó de otras cosas hablemos.
*(Alfredo se sienta junto al velador, y toma un periódico.)*

ADELA. (Cuánto tarda! Qué ansiedad!)

## ESCENA XI.

*Dichos.*—ANDRÉS, *que entra por la puerta del fondo.*

ANDRES. Doña Luisa está esperando
en el coche.

ADELA. Alfredo?

ALFRED. Qué?

ADELA. Con tu permiso la haré
subir.
*(A Andrés.)*
Oyes?

ANDRES. Bien está.

ADELA. Dila que Alfredo está aquí
con impaciencia por verla.
*(Váse Andrés.)*

## ESCENA XII.

ADELA.—ALFREDO.—*Luego* LUISA.

ALFRED. Tengo afan por conocerla.

ADELA. Tambien quiere verte á tí.

(Ya llegó el terrible instante!)

ALFRED. *(Leyendo.)*
Aventura singular...
Lóndres... París... Gibraltar...
un suceso interesante...

LUISA. *(Entrando.)*
Ya ves si obediente estoy;
siento haberte detenido...

ADELA. Te presento á mi marido:
Alfredo!
*(Alfredo que ha estado distraido leyendo, se levanta.)*

ALFRED. Señora, soy...
*(Al decir estas palabras, Alfredo vuelve la cabeza y ve á Luisa.)*
(Cielos! qué miro!)

ADELA. Esta es Luisa,
mi amiga: me entiendes?

ALFRED. *(Con aturdimiento.)*
Sí.
(Oh! se han burlado de mí!
*(Viendo que Adela se sonrie.)*
Mi turbacion le da risa!)

ADELA. Tú pensabas engañarme
con tu amante hipocresía;
mas yo que no te creia,
he querido cerciorarme.
Dime que soy sola yo
la ilusion de tus amores,
la sola á quien dices flores,
la sola que te agradó!
Qué tal? Tengo yo un marido
que es un dige para mí!
*(A Luisa.)*
Ya puedes saber por tí
cuán meloso es y rendido!

LUISA. Basta, Adela; eso te enfada?
fué una broma y nada mas:
ya ha pasado.

ADELA. ¿Habrá quizás
mujer mas desventurada?

ALFRED. Adela, sella ese lábio,
que es ya mucha humillacion,

y padece mi opinion,
y no sufro tal agravio.

ADELA. Aun me provocas, cruel?

ALFRED. No, pero calla...

ADELA. Jamás!
Harto convencido estás
de tu proceder infiel.

LUISA. Por Dios!

ADELA. Sí, no me desdigo,
nada mi opinion altera;
sé la vida que me espera
desde hoy viviendo contigo.
Pero ya no hay otro medio;
si antes de ser mi marido
yo te hubiera conocido,
hubiera puesto el remedio.

ALFRED. Qué escucho! Pues pesarosa
estás de vivir al lado
mio, pronto está arreglado
todo; yo te haré dichosa.

LUISA. Alfredo! (Qué terquedad!)

ALFRED. Lo que quiero, y eso es justo,
es que vivas á tu gusto
con entera libertad.

ADELA. Quién dice?...

ALFRED. Tu injusta queja
lo está diciendo muy claro.

ADELA. Pero...

ALFRED. Nada: hoy me separo
de tí.

ADELA. Alfredo, escucha...

ALFRED. Deja.
Sabe Dios cuánto lo siento!
Nunca lo hubiera creido,
mas despues de lo que he oido
debo ausentarme, y me ausento.

ADELA. Mas...

ALFRED. Adela, basta ya:
necias palabras ahorremos,
entendernos no podemos:
lo que dije, dicho está.
*(Se entra en su cuarto.)*

## ESCENA XIII.

ADELA.—LUISA.

ADELA. Escuchaste, Luisa, di?
LUISA. Cálmate.
ADELA. Oh! me confundo...
¿Pasará á nadie en el mundo
esto que me pasa á mí?
*(Se entra en su cuarto.)*

## ESCENA XIV.

LUISA.—EUGENIO. *Al ir á entrar Luisa en el cuarto de Adela, ve á Eugenio que aparece por la puerta del fondo con el semblante descompuesto y asustado, y vuelve al medio de la escena, colocando una silla á Eugenio, en la que cae este abatido.*

LUISA. *(Con inquietud.)*
Eugenio, de dónde vienes?
Háblame, qué te ha pasado?
EUGENIO. *(Turbado.)*
Nada.
LUISA. Te encuentro alterado!...
EUGENIO. Yo? No tal.
LUISA. Dime, qué tienes?
EUGENIO. Por Dios, que estás pertinaz!
Qué hallas en mí que te asombre?
(¡Está de Dios que ese hombre
no me ha de dejar en paz!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

## ESCENA PRIMERA.

ALFREDO.—EUGENIO.

EUGENIO. Pues como te iba contando,
en la calle de Alcalá,
y yendo á entrar en el Prado
con toda tranquilidad,
veo un hombre que fijándose
en mí, con fiero ademan
corre á detener el coche
con resolucion de entrar;
era el mismo que hace un rato
me seguia.

ALFRED. Quién será?
Tienes tantos enemigos!
Tal vez sea algun rival
que celoso te persigue
por todas partes!

EUGENIO. Quizás!
Si es asi le compadezco!

ALFRED. Que nunca has de escarmentar?
Pero prosigue tu historia;
en qué paró?

EUGENIO. Lo sabrás:
vino hácia mí y atrevido
llevó su tenacidad
hasta abrir la portezuela
del carruage.

ALFRED. Hola!
EUGENIO. Qué tal?
Ya no pude contenerme,
y por no escandalizar,
abrí la que estaba enfrente
y me salí.
ALFRED. Bravo!
EUGENIO. Ya!
Piensas que quedé por eso
en completa libertad?
Piensas que cesó en su empeño?
No señor: terco y tenaz
dejó el coche y fué en mi busca;
mas no me pudo alcanzar;
y de este modo ridículo,
yo delante y él detrás,
llegué á tu casa riéndome
de este paso original.
Ni yo sé por qué me sigue
ni sé quién es, voto á San!
mas si prosigue en su empeño,
si es tanta su terquedad
que no me deja, cual veo,
ni un solo momento en paz,
le juro á ese mentecato
insolente por demas,
que se ha de acordar de mí
ó no soy quien soy!
ALFRED. Já! já!
EUGENIO. A propósito soy yo
para soportarle mas!
Ya me voy amostazando!
y si he podido aguantar
cuanto ha pasado hasta aquí
por no esponerme á un desman
desde hoy ya no lo tolero,
no lo debo tolerar:
no ignora que aquí me encuentro,
si me busca, me hallará.
Mas hablemos de otra cosa.
Conque nos vas á dejar?
ALFRED. Si, me voy.
EUGENIO. Necia locura!

Y todo, por qué? bah! bah!
por una leve disputa,
por una frivolidad
que es el pan de cada dia
en la vida conyugal.

ALFRED. *(Con hipocresia.)*
Adela me inculpa faltas
que no cometi jamás;
tú sabes que ella es mi dicha
mi bien, mi felicidad..
Tú conoces mi carácter
desde tiempo muy atrás;
no ignoras que he preferido
á esa vida mundanal
á esas locuras de jóven,
la dulce tranquilidad.
De soltero no tenia
otro anhelo ni otro afan,
que mis pleitos y mis libros:
bien lo sabes.

EUGENIO. Claro está.

ALFRED. Despues, cuando ya abracé
el estado marital
y me hallé con una esposa
como no habrá dos quizás,
entonces todas mis miras
se dirigian á amar
á mi Adela, á contemplarla,
á hacer su gusto y no mas.

EUGENIO. Eso te pierde.

ALFRED. Qué quieres?
Tengo esa debilidad!

EUGENIO. Tú tienes, siempre lo he dicho,
poco mundo!

ALFRED. Eso será!

EUGENIO. La mujer es como todo,
sabiéndola manejar,
hacemos nuestro capricho
nuestra santa voluntad.
Mirate en mí: yo en mi casa
soy un déspota, un sultan,
á nada de cuanto digo
se atreve Luisa á chistar,

y ya ves que yo soy hombre
de aventuras...

ALFRED. Lo dirás
por la del marido aquel
que te sorprendió?

EUGENIO. Cabal.

ALFRED. (Pues, mi historia.) Eres, Eugenio,
de la piel de Barrabás.
(Si este se finje el culpable,
qué temor he de abrigar?
Mas vale asi.)

EUGENIO. Yo entre tanto
que tú te estás por acá
me voy en busca de Adela.

ALFRED. Bien.

EUGENIO. (La quiero consolar.
No paro, mientras no vea
que está el matrimonio en paz.)
*(Váse.)*

## ESCENA II.

ALFREDO.

Ya puse mi plan por obra;
pero temo si quizá
en vez de calmar su enojo
llegue á acrecentarlo mas...
Ella fué dura conmigo,
pero si hemos de juzgar
imparcialmente, su enojo
era justo y natural.
Maldita torpeza mia!
no llegar á sospechar
que era Luisa la de... vamos,
es mucha casualidad!
Si Adela cediese al menos!
si ella con cara de paz
viniese á hablarme, yo entonces
me podria vindicar
y cesaria este estado
tan violento; que en verdad,

si puedo vivir con ella
feliz, debo renunciar
á esa dicha? No, no; nunca;
pero es preciso pensar
algun medio... Sí, no hay otro;
siga adelante mi plan.
*(Tira del cordon de la campanilla.)*

## ESCENA III.

ALFREDO.—ANDRÉS, *que entra por el fondo.*

ALFRED. Andrés!
ANDRES. Señor!
ALFRED. Al instante
arregla todo mi ajuar
de viaje.
ANDRES. Pero...
ALFRED. Lo dicho.
ANDRES. Corriente.
ALFREU. (Voy á empezar
por este, en cuanto lo sepa
lo publica.)
ANDRES. (Es novedad!)
ALFRED. Dentro del cuarto te espero.
*(Váse por la derecha.)*
ANDRES. *(Con curiosidad.)*
(De viaje? Y á dónde irá?)

## ESCENA IV.

ADELA.—LUISA, *que entran por la izquierda.*—ANDRÉS.

ADELA. Dónde está Alfaedo?
ANDRES. En su cuarto.
De aqui acaba de marchar.
Si usted quiere que le avise,
al instante...
*(Haciendo ademan de echar á andar.)*
ADELA. No hagas tal.
ANDRES. Me ha dicho que me esperaba

para empezar á arreglar
la maleta, y voy al punto...

ADELA. Pues marcha.

ANDRES. (Qué ocurrirá?)
(*Se entra en el cuarto de la derecha.*)

## ESCENA V.

ADELA.—LUISA.

ADELA. Ya oiste, está decidido:
hoy prepara su equipaje,
y mañana emprende el viaje.
Nunca lo hubiera creido!

LUISA. No hay para ello fundamento,
y si él te quiere, no debe...
¿Por una causa tan leve
ha de haber un rompimiento?

ADELA. Mi presencia le importuna,
y se aburre, y no me quiere;
que quien por tantas se muere
no puede amar á ninguna.

LUISA. Tu enojo te hace mirar
las cosas como no son;
no es Alfredo en mi opinion
como le quieres pintar.
Que es su cabeza ligera,
un poco alegre...

ADELA. Algo mas.

LUISA. Concedo: bien, y quizás
será un falso y un tronera.
Y es eso para inquietarse?
Ten mas aliento y confia.
¿Qué mujer casada hoy dia
no tendrá de qué quejarse?
¿Piensas que el único es él
inconstante y desleal?
No, desde que el mundo es tal,
no ha habido un marido fiel.
Todos hipócritas mienten
fé, sin que ni uno la guarde
y todos, temprano ó tarde,

se conocen y arrepienten,
ADELA. Esperas que al fin?...
LUISA. Pues no?
ADELA. Se corrija Alfredo?
LUISA. Sí.
ADELA. ¡Buen consuelo para mí
si llego á tenerle yo!
Por el pronto mi deseo
es que de aquí no se aleje
y abandonada me deje,
como lo temo y preveo:
porque mi honor y su honor
pierden con accion tan loca,
y es fuerza cerrar la boca
al mundo murmurador.
LUISA. Mas quieres hablarle?
ADELA. Quiero,
solo por ver si consigo
calmar su enojo conmigo,
y evitar el viaje.
LUISA. Pero
eso es ceder...
ADELA. Y qué hacemos?
LUISA. Tú no debias...
ADELA. Qué quieres?
Siempre somos las mujeres,
siempre las que al fin cedemos.
LUISA. Entonces de aquí me voy,
pues que le quieres hablar;
que no debo presenciar...
ADELA. Dices bien, mejor estoy
sola.
LUISA. Yo tambien deseo
hablar con Eugenio, y ya
que solo en tu cuarto está
voy en su busca.
ADELA. Preveo
lo que hablar con él intentas.
LUISA. Sí, Adela, es mucha pension...
aprovecho esta ocasion
para ajustarle unas cuentas.
(*Váse.*)

## ESCENA VI.

ADELA.

Daré este paso cruel,
y aunque grato no me sea,
quiero hacerlo, porque vea
cómo me porto con él.
Si él persiste aun en su encono,
yo sus ofensas olvido;
y lo mucho que he sufrido
con él, tambien le perdono.
Sé que no debo ceder
porque ha sido él quien faltó,
pero si no cedo yo,
quién lo hará? Cómo ha de ser!
Ceda mi orgullo ofendido,
vuelva la paz anhelada;
para una mujer casada
lo primero es su marido.

## ESCENA VII.

ADELA.—ALFREDO, *que aparece por la puerta de su cuarto.*

ADELA. (Aqui está ya.)
ALFRED. (*Desde la puerta.*)
Vírgen santa!
Adela sola!... no sé
si atreverme... por qué no?
Animo! no hay que temer.
(*Se adelanta hasta colocarse cerca del velador, al lado opuesto de Adela.*)
ADELA. Me habrá visto?
(*Los dos se vuelven á mirar á un tiempo.*)
ALFRED. (Ay Dios! qué cara!)
ADELA. (Ay Jesús! qué gesto! Pues!
sigue enojado conmigo.)

(Sigue en sus trece. Qué haré?)
*(Alfredo toma un periódico y hace que lee.)*

ADELA. (Quiero hablarle y no me atrevo;
pero si espero á que él
llegue á hacerlo, no salimos
de este estado ni en un mes.)

ALFRED. (Me ha visto y calla; corriente:
de aquí no me moveré,
mas si espera que yo hable...)

ADELA. (Al fin tendré que romper
el silencio.) Adios, Alfredo.

ALLFRED. Ah! Estabas aquí!

ADELA. Sí. Y bien?

ALFRED. No te habia visto.

ADELA. Lo creo.
Yo que te anhelaba ver
aquí te estaba esperando.

ALFRED. Me esperabas? Para qué?

ADELA. Para hablarte.

ALFRED. Estoy dispuesto
á escuchar. (Qué podrá ser?)

ADELA. ¿Persistes aun en la idea
de ausentarte?

ALFRED. Sí. Por qué?
(Ahora es cuando me conviene
representar mi papel.)

ADELA. Y cuándo te vas?

ALFRED. Mañana.

ADELA. Mañana?

ALFRED. Al amanecer.

ADELA. Y volverás?

ALFRED. Qué sé yo!

ADELA. No lo sabes?

ALFRED. No lo sé.

ADELA. (Resuelto á llevarlo á cabo,
quién le podrá convencer?)

ALFRED. (Qué tal? Si ha surtido efecto
el resorte que toqué!)

ADELA. Es decir que me abandonas?
no te creí tan cruel:
el paso que vas á dar
no lo has meditado bien.
No te moverán mis ruegos?

Mi amor no te hará ceder?
Si tú me amases, Alfredo!

ALFRED. *(Mostrándose ofendido.)*
Adela, la lengua ten,
ya has puesto mi amor en duda,
no me ofendas otra vez.

ADELA. ¿Con que yo soy la culpable
y tú el inocente?

ALFRED. Pues!
Tú que siempre maliciosa
tendiste astuta una red
para sorprenderme incauto:
no es cierto que digo bien?
Mas tan torpe me creias
que no llegase á saber
quién era la dama incógnita
que en este cuarto encontré?
No ignoraba que dudabas
de mi amor; llegué á entender
la pobre trama que urdias,
y creyendo que tal vez
estarias en acecho
para oir y para ver,
quise castigar tu ofensa
y hablé á Luisa lo que hablé.
Dime: quién es el culpable?
No me quieres responder?
Dirás que no es eso solo,
que á mi vuelta de Teruel
vine en el coche con Luisa,
y que allí la enamoré:
mas no es mi culpa tan grande:
si hice de amante el papel,
fué por dar celos á Eugenio
y reirme á mi placer
cuando al fin se descubriese
lo que solo broma fué.

ADELA. Pues si es cierto cuanto dices,
*(Movimiento de Alfredo.)*
que no dudo que lo es,
¿por qué no dijiste entonces
lo que ahora dices?

ALFRED. Porque

ni tu enojo me dejaba,
ni jamás pude creer
que así dudases, Adela,
de mi acrisolada fé,
y pensaba que finjias;
porque ¿cómo preveer
que en tu pecho contra mí
se anidase tanta hiel?
Pero al ver en tu semblante
pintada la palidez,
y al oir aquellas palabras,
que jamás olvidaré,
llegué á sospechar, si acaso
aquel encono cruel
seria solo un pretesto
para romper de una vez
este lazo que nos une,
este amor que hace mi bien.

ADELA. Alfredo, qué dices?

ALFRED. Sí...

ADELA. ¿Has llegado á suponer
que yo...

ALFRED. Si es tal tu deseo,
si tu solo anhelo es
vivir ausente de mí,
por motivos que no sé,
pronto estoy á darte gusto.

ADELA. Lo que dices me hace ver
que son ciertas mis sospechas,
que el que anhela esa cruel
separacion, eres tú,
tú solo, sí.

ALFRED. Basta, bien:
yo solo soy quien pretende?...
Entonces...
(*Dirigiéndose hácia su cuarto.*)

ADELA. Qué haces?

ALFRED. Andrés!

ANDRES. (*Saliendo.*)
Señor!

ALFRED. Deja el equipaje.
(*Marcando estas palabras.*)
Ya no me voy.

ADELA. (Ah! triunfé.)
ALFRED. (Ya he conseguido mi objeto.)
*(A Adela.)*
Este soy yo!
*(A Andrés.)*
Vete.
ANDRES. (Pues!
ya no se vá. Qué habrá habido?
Las cosas que aquí se ven!
*(Se vá por el fondo.)*
ALFRED. Qué dices ahora de mí?
ADELA. Que me he engañado!
ALFRED. Sí: ¿ves
cómo sospechaste mal?
ADELA. No sospechaste tú bien.
ALFRED. Es un error en que entrambos
incurrimos á la vez.
ADELA. ¡Quiera Dios que en este engaño
no volvamos á caer!
ALFRED. Como tú no dés motivo...
ADELA. Entiéndelo tú tambien;
si tú no lo das, Alfredo,
no hay miedo que yo lo dé.
ALFRED. Me bastan esas palabras;
y aun cuando has sido cruel
en tus sospechas, lo olvido
todo.
ADELA. (Paciencia! Aun tendré
que agradecerle...)
ALFRED. Y en prueba
venga un abrazo.
ADELA. ¿No ves
que si salen...?
ALFRED. Qué me importa?
*(Al abrazarle.)*
(Ya no tengo que temer.)

## ESCENA VIII.

*Dichos.*—EUGENIO—LUISA, *que aparecen por la puerta de la izquierda en el momento en que Alfredo abraza á Adela.*

EUGENIO. *(Desde la puerta.)*
Bravo! Bien! Gracias á Dios!
ADELA. Luisa!
LUISA. *(A Adela.)*
Qué tal? Me he engañado?
EUGENIO. *(A Luisa.)*
¿Ves cómo al fin he logrado
poner en paz á los dos?
*(A Alfredo.)*
¿Es decir que ya no hay miedo
de que nos dejes?
ALFRED. Oh! no.
LUISA. No esperaba menos yo
de un marido como Alfredo.
ALFRED. Me culpó siendo inocente,
yo engañado la culpé.
ADELA. Eso ha sido todo.
LUISA. Fué
obrar muy ligeramente.
ALFRED. Pasada la nube aquella
vino á hablarme, entonces ví
que ni ha habido culpa en mí,
ni ha habido delito en ella.
Hijo todo de un engaño,
quiso tenderme una red.
*(A Luisa.)*
Algo se le alcanza á usted,
pues que conspiró en mi daño.
Y aunque quisiera escusarme
porque esta cuestion me enfada,
debo, que es cosa sagrada,
Luisa, ante usted vindicarme.
LUISA. No, me doy por satisfecha;
que hable usted mas es en vano.
ALFRED. Es que yo...

LUISA. Y á mas, ¿qué gano
si ya la paz está hecha?
EUGENIO. *(Con curiosidad.)*
Cuéntalo, porque ya ves
que yo ignoro lo que ha habido.
ALFRED. Una broma.
ADELA. Sí, eso ha sido.
LUISA. *(A Eugenio.)*
Te lo contaré despues.
EUGENIO. Una broma? Qué demonio!
algo mas habrá pasado:
una broma que ha turbado
la dicha de un matrimonio!
*(A Alfredo.)*
No ha habido mas?
ALFRED. Qué locura!
Me juzgas capaz?...
EUGENIO. Ya sé
que tú... pero ya se vé...
—Me recuerda esta aventura
una que voy á contarte.
Por una broma y no mas
pasó todo: ya verás.
LUISA. *(En tono de reconvencion.)*
Eugenio, quieres callarte?
EUGENIO. Es la del oidor aquel
que te he contado.
LUISA. Bien, basta.
EUGENIO. Hombre de muy buena pasta,
aunque no todo era miel.
Una broma le costó
perder en un duelo un brazo.
ALFRED. Cómo?
EUGENIO. Le asesté un balazo
y *manco* el *oidor quedó.*

## ESCENA IX.

*Dichos.*—ANDRÉS, *con un papel en la mano.*

ANDRÉS. Don Eugenio, para usté
esta esquela.

EUGENIO. Para mí?
(*Mirando el sobre con curiosidad.*)
El sobre lo dice, sí...
mas de quien sea no sé.
ANDRES. No creo que se equivoque,
segun las señas que ha dado.
EUGENIO. Y quién la trajo?
ANDRES. Un criado.
EUGENIO. Pero de quién?
ANDRES. (*Como recordando.*)
De un... don Roque.
EUGENIO. (*Con estrañeza.*)
Don Roque?
ALFRED. (Cielos!)
EUGENIO. Quién es?
No ha dicho mas?
ANDRES. Nada mas.
LUISA. Ábrela, y asi sabrás...
ALFRED. (*Con aturdimiento.*)
Déjalo para despues.
(*Váse Andrés.*)

## ESCENA ULTIMA.

*Dichos, menos* ANDRÉS.

LUISA. No, Alfredo, que ponga fin
á nuestra curiosidad.
ALFRED. (Es terrible esta ansiedad!)
EUGENIO. (*Mirando el sobre y enseñándosele á Luisa.*)
Bien claro está, Medellin.
(*A Luisa.*)
Puedo abrirla?
LUISA. Es para mí?
ADELA. (*Al ver la turbacion de Alfredo.*)
Qué tienes, Alfredo?
ALFRED. (*Con embarazo.*)
Nada.
EUGENIO. (*A Luisa.*)
La abriré si no te enfada.
(*Entregándosela de pronto.*)
Ábrela tú.

LUISA. Quién, yo?
EUGENIO. Sí.
LUISA. A qué viene?...
EUGENIO. ¿No te doy
siempre mis cartas? Qué implica?..
y esto además me vindica
de lo que me has dicho hoy.
LUISA. Pues quieres, sin dilacion
la leeré.
EUGENIO. Vamos á ver:
curioso estoy de saber
qué dice en ella.
LUISA. (*Abriendo la carta.*)
Atencion!
otr papel?
EUGENIO. Otro mas?
LUISA. Leeré la carta primero.
EUGENIO. Empieza ya.
LUISA. (*Lee.*)
Caballero...
EUGENIO. Político es por demás!
LUISA. (*Lee.*)
«No pudiendo ver sin mengua
mi limpio honor ultrajado,
en busca de usted he andado
para arrancarle la lengua.—
Oyes, Eugenio?
EUGENIO. (*Con exaltacion y finjido enojo.*)
Prosigue.
ALFRED. (Todo lo comprendo, si,
lo que antes me ha dicho á mí
dijo á todo el mundo y...)
EUGENIO. (*Indignado.*)
Sigue.
LUISA. (*Lee.*)
«Pero en vano es que lo intente
porque dos veces le ví
y esas dos veces, de mí
huyó usted cobardemente.»
EUGENIO. (*Con exaltacion.*)
Dice esa misma espresion?
LUISA. (*Mostrándole la carta.*)
Esa misma.

EUGENIO. Bien está.
Alfredo, forzoso es ya
terminar esta cuestion.
ALFRED. (Me alegro por hablador.)
ADELA. *(A Alfredo.)*
(Todo se descubre al fin!)
EUGENIO. *(A Luisa.)*
Pero es á mí?...
LUISA. *(Mostrándole la carta.)*
Medellin,
dice el sobre, no hay error.
*(Lee.)*
«Y he podido conocer
que tiene usted á la par,
vil lengua para infamar,
buenos pies para correr!»
*(A Eugenio.)*
Y tu valor, dónde está?
EUGENIO. *(Con aturdimiento.)*
Juzgas que yo le he ofendido?...
LUISA. Tu corazon no habrá sido,
pero tu lengua quizá!
*(Lee.)*
«Al ver tanta cobardía
desisto, pues, y cuidado
que yo sepa que ha ultrajado
otra vez mas la honra mia!»
EUGENIO. Oh! Su suerte es que no sé
donde vive!...
(*Con exaltacion.*)
LUISA. ¿Que le harias?
EUGENIO. Matarle!
LUISA. Le matarias?
EUGENIO. Pero prosigue.
LUISA. Leeré.
(*Lee.*)
»Por si acaso le han herido
mis palabras, que no espero,
(*Movimiento de indignacion en todos.*)
y quiere, si es caballero,
volver por su honor perdido,
en su casa, todo el dia,
calle del Amor de Dios

y número veinte y dos
le espera Roque García.»

LUISA. No vas?

ADELA. Luisa, por favor...

EUGENIO. (*Turbado.*)
Iria... si no temiera...

LUISA. (*Con severidad.*)
Este castigo le espera
á todo necio hablador.

ALFRED. (*Sonriéndose.*)
(Le habia de suceder
esto.)

LUISA. Aun falta: segun veo
hay una postdata, y creo
que la debemos leer.
(*Lee.*)
«Adjunto le mando aquí
el papel que emborronó,
el dia que al entrar yo,
salió escapando de mí.
Y quiero hacerle saber
por si de ello está usté ufano,
que lo arrancó con su mano
de su album mi mujer.»
Aquí está.
(*Mostrando el papel.*)

ALFRED. No mas lectura.
(*Alfredo desde los primeros versos de la postdata empezó á dar señales de inquietud.*)

LUISA. Son versos. Cosa mas rara!
(*A Eugenio queriendo tomar el papel de la mano de Luisa.*)
Oh! nunca de tí pensara...

ALFRED. No, basta ya; qué locura!

LUISA. (*A Eugenio.*)
Otra nueva habilidad.
Tambien poeta?

EUGENIO. Qué quieres?

LUISA. Lo ignoraba: vamos eres
una notabilidad!
Curiosa estoy ya de ver
tu talento.

ALFRED. (Estoy temblando!)

EUGENIO. Estos los hice jugando
pero los puedes leer.

LUISA. (*Lee.*)
«Há tiempo Isabel hermosa
que enfermó mi corazon
y en vano busco un antídoto
que mitigue mi dolor:
por ti sufro y á tí llego:
para calmar mi afliccion
me negarás, dueño mio
el bálsamo de tu amor?
(*Adela que desde los primeros versos habrá manifestado señales de sorpresa é inquietud, se acerca vivamente á mirar el papel que Luisa está leyendo.*)

ADELA. (*A Alfredo con exaltacion.*)
Son los que tú me escribiste!

LUISA. (*A Eugenio.*)
¿Pues no nos has dicho aquí
que eran obra tuya?

EUGENIO. (*Con aturdimiento.*)
Sí...

LUISA. Pues ya ves que te luciste.
Entonces bien claro está:
el vate galan seria ..

ADELA. (*Como queriendo disculpar á su marido.*)
No, Luisa, se los daria
Alfredo á Eugenio quizá.

EUGENIO. (*Haciendo señas á Alfredo.*)
Eso justamente ha sido.
Alfredo, no es cierto?
(*Alfredo que desde la lectura de los versos habrá quedado cabizbajo y abatido se adelanta con resolucion.*)

ALFRED. No.
El culpable he sido yo.

EUGENIO. (*A Luisa.*)
Por no acusarme ha mentido.

ADELA. (*A Alfredo.*)
Calla.
(*Eugenio y Luisa empiezan á disputar, mientras Adela y Alfredo siguen hablando alto.*)

ALFRED. No, que es un tormento.

callar, padeciendo así:
yo soy el que delinquí
y hoy, Adela, me arrepiento.

ADELA. (*A Alfredo.*)
Basta: no publiques mas
tu delito, yo lo espero
todo de tu amor, sí, pero
cierra esos lábios.

ALFRED. Jamás!
Si tantas veces finjí,
no tendrás derecho hoy
á creer de mí, que soy
el mismo que hasta ahora fuí?

ADELA. No, porque quiero creer
en tí que eres mi marido;
que no te olvides te pido
de que yo soy tu mujer.

ALFRED. Oh! no te doy mas razones
porque ninguna creerias,
pasando dias y dias
te las darán mis acciones.

ADELA. (*Se dirige á Luisa y á Alfredo que siguen disputando.*)
Luisa, aun sigue la contienda
con Eugenio? Basta ya:
desde hoy espero que hará
propósito de la enmienda.
Ni él es tan malo á mi ver,
por mucho que lo presuma,
ni Alfredo tan malo en suma
como hasta aquí finjió ser.
Mintiendo ó disimulando
sin motivo y sin provecho,
ambos perjuicio se han hecho
su opinion aventurando;
y tan loco proceder
á otros mas, dañoso ha sido,
que es la opinion del marido
la opinion de su mujer.
—Mas inútiles ya son
mis quejas; tras la tormenta
en el cielo se presenta
el iris...

EUGENIO. En conclusion...
LUISA. Para ajustar estas paces,
Eugenio y yo...
EUGENIO. Adela y él...
ADELA. Vamos á Carabanchel.
LUISA. (*A Adela.*)
Un aplauso si lo haces.
ALFRED. Si te place... yo...
ADELA. Mi afan
este programa aconseja;
pero una duda me aqueja...
si todos... lo aplaudirán.

FIN DE LA COMEDIA.

Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me an.
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente:
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

## ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

## OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

# PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS

| | |
|---|---|
| Albacete. . . | D. Sebastian Ruiz. |
| Alcalá. . . . | Eladio Altés. |
| Alcoy. . . . | Viuda é hijos de Martí. |
| Algeciras. . . | Clemente Arias. |
| Alicante. . . | Pedro Ibarra. |
| Almagro. . . | Antonio Vicente Perez. |
| Almeria. . . . | Mariano Alvarez. |
| Andujar. . . | Domingo Caracuel. |
| Antequera. . | Joaquin Maria Casaus. |
| Aranda. . . | Manuel Martin Fontenebro. |
| Aranjuez. . . | Gabriel Sainz. |
| Arévalo. . . . | José Espinosa. |
| Avila. . . . | Pedro Baquero |
| Avilés. . . . | Ignacio García. |
| Badajoz . . . | Sra. Viuda de Carrillo. |
| Baena. . . . | Francisco Fernandez. |
| Baeza. . . . . | Francisco de P. Torrente. |
| Barbastro. . . | Mariano Ferraz. |
| Barcelona . . | Juan Oliveres. |
| Idem. . . . . | José Piferrer y Depaus. |
| Baza. . . . . | Joaquin Calderon. |
| Bejar . . . . | Vicente Alvarez. |
| Berja. . . . | Francisco Asís de Robles. |
| Bilbao. . . . | Nicolas Delmas. |
| Borja . . . . | Manuel Marco Cadena. |
| Burgos. . . . | Timoteo Arnaiz. |
| Cabra. . . . | Manuel Rendon. |
| Cáceres. . . . | José Valiente. |
| Cádiz. . . . . | Viuda de Moraleda. |
| Calatayud . . | Bernardino Azpeitia. |
| Carrion . . . | Luis Agudo Luis. |
| Cartagena. . . | Juan Maestre. |
| Cervera. . . . | Joaquin Gasset. |
| Chiclana. . . | Manuel Alvarez Sibello. |
| Ciudad-Real. | Viuda de Gallego. |
| Córdoba . . . | Rafael Arroyo. |
| Coruña. . . . | José Lago. |
| Cuenca. . . . | Pedro Mariana. |
| Écija. . . . . | Julio de Giuli. |
| Figueras. . . | José Conte Lacoste. |
| Gerona. . . . | Francisco Dorca. |
| Gijon. . . . . | Vicente de Escurdia. |
| Granada. . . | José María Zamora. |
| Guadalajara . | Fermin Sanchez. |
| Habana. . . . | Charlain y Fernandez. |
| Haro. . . . | Pascual de Quintana. |
| Huelva. . . . | José V. Osorno é hijo. |
| Huesca. . . . | Bartolomé Martinez. |
| Igualada. . . | Joaquin Jover y Serra. |
| Jaen. . . . | José Sagrista. |
| J. la Frontra. | José Bueno. |
| Leon . . . . | Manuel Gonzalez Redondo. |
| Lérida. . . . | Manuel de Zara y Suarez. |
| Llerena . . . | Bernardino Guerrero. |
| Lisboa. . . . | Silva Junior. |
| Loja. . . . | Juan Cano. |
| Lorca. . . . | Francisco Delgado. |
| Lugo. . . | Manuel Pujol y Masia. |
| Lucena . . . | Juan Bautista Cadena. |
| Málaga. . . | D. Francisco de Moya. |
| Manila. . . . | Ramon Somoza. |
| Manresa. . . | Manuel Sala. |
| Manzanares. . | Dimas Lopez. |
| Mataró. . . . | José Abadal. |
| Medina Sidon. | Francisco Ruiz Benitez. |
| Mérida. . . . | Manuel de Bartolomé Diez |
| Mondoñedo. . | Francisco Delgado. |
| Murcia . . . | José Galan. |
| Orense. . . . | José Ramon Perez. |
| Oviedo. . . . | Bernardo Longoria. |
| Palencia. . . . | Gerónimo Camazon. |
| Palma. . . . | Pedro José García. |
| Pamplona. . | Viuda de Ripa. |
| Paris. . . . . | Lassale y Melan. |
| Plasencia . . | Isidro Pis. |
| Pontevedra. . | Manuel Verea y Vila. |
| Priego. . . . | Gerónimo Caracuel. |
| P. Sta. María . | José Valderrama. |
| Requena. . . | Antolin Penen. |
| Reus. . . . . | Pedro Moluer. |
| Rioseco. . . . | Marcelino Tradanos. |
| Rivadeo. . . | Francisco F. de Torres. |
| Ronda. . . . | Rafael Gutierrez. |
| Rota. . . . . | Pedro Gomez de la Torre. |
| Salamanca. . | Rafael Hueba. |
| S. Fernando. | José Tellez de Meneses. |
| San Lucar. . | José Maria del Villar. |
| Sta. Cruz Tf. | Manuel Saboie. |
| S. Sebastian. | Sres. Domercq y Sobrino. |
| Santander. . | Pedro Basañet. |
| Santiago. . . | Bernardo Escribano. |
| Segovia. . . . | Eugenio Alejandro. |
| Sevilla. . . . | Cárlos Santigosa. |
| Idem. . . . . | Juan Antonio Fé. |
| Soria. . . . . | Francisco Perez Rioja. |
| Talavera. . . | Angel Sanchez de Castro. |
| Tarragona . . | José Pujol. |
| Teruel. . . . | Vicente Castillo. |
| Toledo. . . . | José Hernandez. |
| Toro. . . . . | Alejandro Rodrig. Tejedor. |
| Tortosa. . . | Crecencio Ferreres. |
| T. de Cuba. | Meliton Franc. de Revenga. |
| Tuy. . . . . | Manuel Martinez de la Cruz. |
| Valencia. . . | Francisco Matcu y Garin. |
| Idem. . . . . | Francisco de P. Navarro. |
| Valladolid. . | Felix Matco. |
| Valls. . . . . | Cayetano Badía. |
| Velez Málaga | Antonio Maria Cebrian. |
| Vich. . . . . | Ramon Tolosa. |
| Vigo. . . . . | José María Chao. |
| Vill. y Geltrú | Magin Bertran. |
| Vitoria. . . . | Bernardino Robles. |
| Ubeda. . . . | Francisco de P. Torrente. |
| Utrera. . . . | Juan de Alba. |
| Zafra . . . . . | Juan de Dios Hurtado. |
| Zamora. . . | Manuel Ceno. |
| Zaragoza . . | Viuda de Polo. |

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.